

Byung-Chul, H. (2016). *Psicopolítica. Neoliberalismo y nuevas técnicas de poder*. Barcelona: Herder Editorial S.L.

La obra “Psicopolítica: Neoliberalismo y nuevas técnicas de poder” del filósofo surcoreano Byung-Chul Han representa un análisis añadido a su lista de ensayos críticos precedentes, en los que se reflexiona sobre las paradojas de la actual “libertad” neoliberal que, mientras muestra su “mejor cara”, su lado más sensual y libertario, esconde un trasfondo domesticador y represor, productor de la producción de un sujeto neoliberal. Después de ensayos como “la sociedad del cansancio” y “la sociedad de la transparencia”, entre otros, en la presente obra el filósofo continúa arrojando una mirada alternativa, si se quiere ontológica, sobre algunos fenómenos del presente (las redes sociales, la transparencia, el Big Data, etc.) que han sido asumidos acríticamente por las subjetividades neoliberales, a su entender, políticamente psicoprogramadas. El autor reflexiona sobre las ambivalencias y paradojas -a menudo silenciadas en la construcción del “sentido común” colectivo- de la naturalizada como deseable sociedad de la libertad digital, proponiendo renovados y reconceptualizados modos de comprensión y significación política de aquello que Michel Foucault comenzó a desarrollar hace décadas y extiende el sentido crítico de las tecnologías de gobierno biopolíticas. A lo largo de los *trece breves capítulos* que componen la obra, Byung-Chul Han, en constante interpelación con otros célebres teóricos como Marx, Heidegger, Benjamin, Nietzsche, etc., focaliza su mirada en las nuevas técnicas de (psico)poder que permiten un acceso a la dimensión de la psique pensada como objeto de optimización, maximización y domesticación que construye al nuevo *sujeto del rendimiento*.

De entre todas las estructuras posibles en las que la obra podría ser sistematizada se ha optado por una subdivisión temática en tres bloques de capítulos. *Una primera parte*, recogida en los primeros 7 capítulos, dedicada al análisis crítico de la *psicopolítica como nueva tecnología de gobierno de las voluntades y producción de las subjetividades* sirvientes a la reproducción del sistema neoliberal. En estas líneas, el autor reflexiona sobre las principales paradojas y dilemas que suponen las “nuevas” formas de libertad y sobre los modos en los que el poder neoliberal con su aspecto amable, seductor y permisivo -lo que para el autor representa un poder inteligente, sutil y flexible que escapa a toda visibilidad mientras psicologiza la coacción- garantiza la continuidad metamorfoseada de la biopolítica foucaultiana: sin abandonar el poder somático, intensifica el control social a partir del poder psicoprogramador de la psique de los individuos.

En la era de la psicopolítica, la represión se difumina y las técnicas ortopédicas del poder disciplinario que construían al sujeto obediente se desplazan (e incorporan) hacia renovadas formas de gobierno incluso más totalizadoras, capaces de acceder a la psique, a la construcción de pensamientos y necesidades “internas” que pasan a ser pensadas y naturalizadas como tal, sin considerarse la posibilidad de

que sean políticamente construidas por los imaginarios dominantes de poder. La biopolítica de Foucault hacía uso de la estadística para lograr la normativización y sujeción al orden social, pero no podía – o al menos no lo hacía con tanta eficiencia- psicoprogramar el inconsciente colectivo. Del gobierno somático de la política “corporal” (biopolítica foucaultiana) que producía socialmente los cuerpos “normales”, productivos y rentables para el sistema, el capitalismo evoluciona hacia un gobierno neoliberal que entiende la psique como la fuerza productiva potencialmente más rentable. Así las cosas, mientras el sujeto piensa haberse liberado de un proceso de producción “alienante”, se convierte en realidad en objeto –sujeto- de optimización, si cabe aún más explotado y alienado.

Las ingenierías políticas “inteligentes” (Smart), en lugar de emplear un poder visiblemente opresor, utilizan un poder seductor y amable que consigue (psicología) que las personas se sometan por sí mismas a un “mejorado” entramado de dominación. El sujeto del rendimiento se explota a sí mismo por el convencimiento de que la realización personal necesariamente pasa por la producción de un trabajo sobre sí mismo que garantice una personalidad (sujetividad) competente, rentable y, por tanto, exitosa. Para incrementar la productividad en el momento actual se optimizan procesos psíquicos, por supuesto combinados con la pervivencia de los disciplinamientos físicos precedentes. Las contradicciones y tensiones políticas que dominaban las relaciones laborales y el trabajo en las fábricas recaen hoy sobre nuestra sujetividad, que queda sometida a una patológica auto-explotación productiva. El síntoma de nuestra época es el agotamiento.

Las lógicas neoliberales, que normalizan la empresarización de la vida, son internalizadas en las sujetividades hasta el punto de que ya no se precisa de una coacción (explotación) ajena para lograr la sujeción al orden social. En palabras del autor, se crea “*ese empresario de sí mismo, se explota de forma voluntaria y apasionada. El yo como obra de arte es una apariencia hermosa, engañosa, que el régimen neoliberal mantiene para poderlo explotar totalmente*” (Han, 2016: 46). Así, la “libre-explotación” como oxímoron se armoniza. Se elimina la contradicción entre libertad y explotación creando la figura del individuo “libremente” autoexplotado que actúa -por “voluntad propia”- reproduciendo el entramado de dominación que interpreta como libertad. Esta autoexplotación es más eficaz que la explotación a la que aludía Marx, porque se combina y disfraza de un sentimiento de libertad que anula y paraliza la resistencia subversiva o la rebelión contra el orden. El sujeto del rendimiento es un empresario aislado y enfrentado consigo mismo y con el resto de la sociedad que en su afán por ser el mejor se optimiza al máximo, incluso en contra de su propia salud. El poder “inteligente” ha cambiado la espada por un poder seductor y amable, pero no por ello deja de apoderarse de la vida, construye sujetos depresivos y fatigados y despolitiza la ansiedad y enfermedad.

La nueva religión del capitalismo emocional y el poder inteligente busca las cosas negativas en el interior del yo para eliminarlas. Los antiguos evangelistas son ahora los entrenadores emocionales (management personal, inteligencia emocional, coaching empresarial y liderazgo, etc.) que “ayudan” al sujeto a luchar contra sí mismo sujetándolo al dictado des-humanizador de la positividad y negando el dolor, que es, por otro lado, constitutivo de la experiencia y de la propia vida. Sus terapias prometen una optimización y eficiencia “personal” infinita. Este imperativo de la optimización sin límites explota incluso el dolor y a la vez que promete “una curación”, deshumaniza y destruye. En palabras del propio autor, el poder psicopolítico

“descubre al hombre y lo convierte en objeto de explotación. Bloqueos debilidades y errores tienen que ser eliminados terapéuticamente con el fin de incrementar la eficiencia y el rendimiento (...) todo se somete a la lógica del mercado. En ningún caso el cuidado de la vida buena impulsa la optimización personal” (Han, 2016: 47). El régimen del agotamiento deprime y los manuales de autoayuda, fórmula mágica de curación, garantizan la destrucción terapéutica de toda “debilidad” personal ¿O más bien debilidad para el sistema? Las reflexiones del autor apuntan a que las psicotecnologías del psicopoder del régimen neoliberal irán acaparando por entero las ingenierías del Yo para garantizar el status quo de la permanente autoexplotación optimizadora de los gobiernos de las voluntades neoliberales.

El Estado vigilante de Orwell se transforma en el panóptico digital. Con internet, el Smartphone y las Google Glass, la comunicación aparentemente libertaria resulta un poder ilimitado. En el panóptico digital el individuo no se siente realmente vigilado o amenazado y tampoco ve sus “necesidades” – o performatividades del poder inteligente- reprimidas, sino estimuladas y “facilitadas” por un poder amable que esconde una des-interiorización de la persona “voluntaria”. La eficiencia de la vigilancia y el control del Smartphone reside en su supuesto carácter emancipador y es precisamente ese sentimiento construido por los poderes seductores digitales el factor más amenazante frente a la posibilidad de vivir una vida en libertad. Debido en parte a esa libertad vivida, la dictadura de la transparencia comunicativa se despolitiza, y la “libertad” de expresión y control (sujeción) logra conjugarse en un mismo ente, pues cada individuo pasa a ser el panóptico complaciente de sí mismo (amo y esclavo a la vez) y de los otros.

En la *segunda parte*, que ocupa los 3 capítulos contiguos, el autor lleva a cabo un análisis reflexivo sobre este nuevo estímulo capitalista que produce y consume “cosas” incorpóreas e inmateriales (informaciones y programas). Se trata del “capitalismo de la emoción” que convierte a la emoción en medio de producción y consumo. De igual modo, reflexiona sobre lo que él conceptualiza como la “nueva religión” o “dataísmo” que viene a utilizar las tecnologías de poder del Big Data, la dictadura de la transparencia y la producción de informaciones y emociones como instrumento psicopolítico por excelencia.

En el capitalismo emocional se celebra “la emoción” como expresión de la subjetividad libre, aspecto que la convierte en medio de producción sin límites. Se venden significados y emociones que se despliegan más allá de su valor de uso, abriendo un nicho de consumo y mercado infinito sujeto a la reforzada competencia emocional. Estas transformaciones resultan –y son resultado de– de los cambios en las lógicas empresariales que han complementado el management racional con el emocional, priorizando, según el enfoque del autor, éste segundo. El manager racional da paso al entrenador motivacional y la psicopolítica neoliberal se hace dueña de la emoción hasta influir en las acciones a un nivel prerreflexivo. El capitalismo emocional también ludifica el trabajo, naturalizando la explotación del homo ludens a partir de la invisibilización de la dominación que consigue al darle apariencia de juego a nuestra libertad (obligada). Con la lógica de la gratificación y el éxito inmediato del “me gusta” -características del “juego” en Facebook- la comunicación social (los propios individuos) sirve a la reproducción de la libertad del capital en nombre de la mal llamada libertad individual.

En el capítulo sobre “el Big Data”, el filósofo teoriza sobre el carácter performativo de los nuevos dispositivos psicotecnológicos digitales y desarrolla su idea del

“dataísmo” como aparataje ideológico (religioso) que entiende que todo lo mensurable debe ser medido y que apuesta por la acumulación ingente de datos -pensados y naturalizados como fiables y transparentes- como elemento de salvación (sujeción) frente a la incertidumbre del futuro más próximo. Mientras la primera Ilustración (y modernidad) exaltaba el poder previsor, ordenador, categorizador y de control biopolítico de la estadística, la segunda Ilustración digital tiene por imperativo la transparencia y la conversión de todo hecho social en datos e información. Según el autor, esta despolitización del control totalitario digital pone en peligro de extinción al propio conocimiento reflexivo y científico que queda descatalogado como pura subjetividad, pues no hay nada más “objetivo” y “fiable” que los datos. La teoría pasa a ser sospechosa y cuando hay suficientes datos se prescinde de una comprensión compleja y silogista de los hechos. Con saber qué se hace basta, no tenemos que tratar de entender por qué se hace o por qué sucede así y no de otro modo.

En el espíritu “científico” del Big Data, la cuantificación de lo real en meros datos expulsa el espíritu del conocimiento. Sin embargo, y siguiendo a Adorno, la transparencia podría funcionar como una expresión más del mito que promete falsa claridad al tratar de solucionar el vacío de sentido con más y más datos. Hoy el dígito se aproxima al falo, es sexy y seductor, se ha libinizado y fetichizado en la nueva ideología del Big Data y el Quantified Self, que descompone al Yo en meros datos, impide el autoconocimiento y la narración reflexiva. Los números no cuentan nada sobre el Yo. A partir del autocontrol y automedición, se optimiza al máximo el sujeto del rendimiento (corporal y espiritual) de la era digital. El sujeto en Red, digitalizado, cuyos pasos están cada vez más observados y registrados en la Red, se convierte en un complaciente panóptico de sí mismo. Si al panóptico Benthamiano del Big Brother se le ocultaban los deseos más interiorizados de los “presos”, al panóptico del Big Data ninguna información, incluso la más inconsciente, se le escapa. La dictadura de la transparencia como dispositivo del completo entramado de poder digital (y del Big Data) uniformiza la sociedad pues elimina las desviaciones ya que todo puede ser observado. De la transparencia surge una coacción a la conformidad que elimina lo “raro”, lo a-normal. Además, el Big Data da lugar a una sociedad digital de clases donde los individuos son concebidos como mercancías comercializables. En la religión del dataísmo los individuos que tienen menor puntuación son desacreditados en sociedad.

Se naturaliza al ser humano como un paquete de datos, y se producen ficciones políticas, subjetividades e identidades “diseñadas”. El autor reflexiona sobre el microtargeting¹ como poder microfísico que a partir de un “trabajo” sobre la psique construye y normativiza el comportamiento social deseado para la subsistencia del orden neoliberal. Frente a la biopolítica que impedía un acceso tan sutil a la psique, emerge transformado el gobierno de las voluntades psicopolítico, capaz de llegar a entender – y crear- la realidad de modo prospectivo, adelantándose incluso a la voluntad libre y consciente de las personas, haciendo legibles (a la par que construye y reproduce) incluso aquellos deseos y necesidades de las que no son conscientes, conduciendo a la masa a actitudes comportamentales que escapen a su propia conciencia.

En la tercera parte, el autor cierra su obra con los dos últimos capítulos que tratan de abrir nuevos espacios de reflexión (y acción) sobre posibles modos de existencia

¹ El microtargeting es una estrategia de marketing que emplea los datos de los consumidores para identificar sus gustos e intereses para tratar de influir en sus pensamientos o acciones.

que ayuden a escapar (dentro de lo posible) de lo que Foucault ya había teorizado como “mallas de poder”. Su apuesta es la de crear existencias originales que se alejen lo máximo posible de la normatividad instaurada, que nos despojen de nuestra condición de “sujetos” (que no es otra cosa que estar sometido) abriendo fisuras en las certezas dominantes, y que traten de ayudar a la des-psicologización. Para tratar de vivir una vida en libertad hace falta pensar “más allá del sujeto”.

La presente obra contiene una audacia analítica irreprochable, sin embargo, por momentos, las teorizaciones del autor pueden resultar un tanto reduccionistas. Tal vez el principal motivo de ello sea el intento, bastante logrado a mi parecer, de tratar de sintetizar en pocas líneas realidades tan complejas, paradójicas y ambivalentes. Por otro lado, ha de reconocerse que tal vez sea precisamente este modo de escribir (o presentar el análisis) tan claro y sencillo el que haga posible una comprensión abstracta y bastante completa de una genealogía del poder que requeriría de un ejercicio de reconstrucción y análisis tal vez más denso y matizado. En definitiva, se trata de una obra ineludible dirigida a examinar la evolución de las lógicas neoliberales hacia las ingenierías psicopolíticas que está, sin duda, de plena actualidad.

Carla González Pousada
Facultad de Ciencias Políticas y Sociología
Universidad Complutense de Madrid